

Ojos Rojos

A.R. Vega



Capítulo 1

LA BESTIA

Otro martes más; una sesión más. Nada cambia.

Han pasado ya más de dos años desde que comencé mi tratamiento; mi fe en que el doctor Emil pueda ayudarme se va desvaneciendo con el transcurrir del tiempo. Quizás, la naturaleza de mi condición sobrepase sus capacidades.

Aún recuerdo como comenzó toda mi desgracia. Fue ese maldito día cuando nos trajeron aquel espécimen de la Antártida íntegramente preservado por el hielo glacial; un raro y antiguo asteroideo (estrella de mar) que según los científicos que lo descubrieron, tenía una antigüedad aproximada de 600 millones de años.

En un principio pensé que aquel descubrimiento acabaría siendo el gran golpe de suerte que necesitaba mi carrera. Llevábamos años efectuando estudios de regeneración celular en el modernísimo Centro de Investigaciones *Bright Star Chemicals* con resultados meramente modestos. Su dueño un viejo multimillonario llamado Jean Tzorcia dirigía una de las multinacionales más grandes del mundo, con sedes en Europa, Asia y Australia; el anciano estaba obsesionado con la medicina regenerativa y no escatimaba en gastar millones de euros en este campo científico. Supongo que la mayor obsesión para alguien de tanto poder y dinero es engañar a la muerte, después de todo ¿quién no ha fantaseado con la inmortalidad?

Pero nada en la vida es perfecto. Por más que nos esforcemos en elaborar planes y esquemas las cosas no siempre salen como las planeamos; hay variables que nos cogen de improviso y descuidos que, usualmente se pagan caro.

Todo parecía indicar que sería un procedimiento de rutina; habíamos ganado experiencia estudiado todas las clases de equinodermos clasificados hasta la fecha. Debo admitir que a pesar de esto, nunca había dejado de tener una cierta repulsión por la fauna marina, así que me dispuse a iniciar el análisis de esta extraña y enigmática estrella de profundo color carmesí de manera veloz y un tanto descuidada. Tome el bisturí para poder separar una pequeña muestra de material orgánico y proceder a efectuar los análisis microscópicos pertinentes, mientras mis colegas seguirían con la disección del espécimen. La idea era poder replicar esta estrella prehistórica manipulando sus células sexuales y fecundándolas en otra estrella de mar con características similares. Ese

era el plan.

Nunca conté con lo que verían mis ojos a continuación. La húmeda y viscosa entidad prehistórica había hecho un sutil ademán de mover una de sus puntas. Estábamos siendo parte de un hecho histórico, uno de los organismos celulares más antiguos de la tierra se encontraba allí, ¡vivo!, justo enfrente de nuestras narices.

El rostro de los allí presentes era de asombro y felicidad pura. Las capacidades de regeneración de este ejemplar debían ser impensables para poder soportar el embate de millones de años en el hielo antártico y salir del torpor criogénico de manera espontánea. Mi rostro dibujaba una gran sonrisa, y mis ojos brillaban llenos de curiosidad, al igual que los de un pequeño niño cuando apenas empieza a descubrir el mundo que lo rodea, en el cual todo es desconocido, y cada experiencia es una inédita estimulación sensorial.

Nunca debí haber acercado tanto mi cara a esa grotesca cosa; sobre todo porque había olvidado por completo ponerme la máscara protectora. Pude ver como de su parte superior se abrían lentamente esos pequeños surcos que cubrían casi por completo la totalidad de su superficie llagosa, dejando al desnudo unos asquerosos, diminutos y aterradores ojos de iris escarlata que se posaron inmediatamente sobre mí. Apenas podía dar fe a lo que estaba presenciando cuando sin miramiento alguno, esta cosa húmeda y maloliente se abalanzó sobre mi rostro. No podía respirar. Mi faz estaba cubierta totalmente por las ventosas de esta maligna criatura; se adherían a mi piel tratando de desprenderla de raíz, dejando expuestos solo mis temerosos y contracturados músculos faciales. Luego la endemoniada criatura comenzó a secretar un líquido nauseabundo que iba inundando mis fosas nasales y esófago. Pensé que moriría en ese instante, antes de desvanecerme.

Cuando finalmente desperté, me encontraba en la unidad médica del centro de investigaciones. No había nadie en la blanca y atildada habitación. Me sentía muy débil como para intentar ponerme en pie. Recuerdo haber llamado por el pulsante de asistencia colocado en la parte derecha de mi ultra moderna cama. El médico no tardó en llegar al cuarto para informarme que había estado todo un día entero inconsciente después de lo ocurrido. Mi equipo de investigación tardó aproximadamente siete minutos en quitarme esa cosa de encima y ponerla nuevamente en contención criogénica, aunque varios habían resultado con heridas menores tras la insólita reyerta. Era un milagro que siguiera aún con vida.

Estuvimos recluidos en aislamiento durante tres semanas en el centro de estudios mientras nos efectuaban múltiples análisis. La prioridad era descartar cualquier tipo de infección con algún patógeno que se hubiese estado incubando dentro de la estrella congelada y que hubiese sido

liberado tras su reanimación espontánea. Los resultados habían sido concluyentes e indicaban que no había ninguna alteración en nuestro organismo más allá de los moretones y el estrés postraumático.

Pero hasta allí habían llegado las buenas noticias; tras revisar las grabaciones de seguridad del laboratorio se nos acusó de negligencia e incompetencia por no haber cumplido con las normas de seguridad obligatorias. Fuimos despedidos inmediatamente; estaba de sobra preguntar si podíamos colocar esta experiencia laboral en nuestro curriculum pues habíamos firmado un contrato de confidencialidad al momento de empezar a trabajar para *Bright Star*. Y yo que creí haber sido bendecido por un golpe de suerte.... no tenía ni idea.

Todo el castillo de naipes en el cual vivía se comenzó a venir abajo. Mi adorable y hermosa esposa dejó de ser tan adorable cuando se vieron recortados mis ingresos, pues luego de ser despedido apenas si pude conseguir empleo como profesor de biología en la Universidad de Alcarant, mi alma mater. El desdichado sueldo de profesor universitario no se podía comparar con el grosero cheque que cobraba de *Bright Star* todos los meses, y por ende las deudas comenzaron a acumularse.

Poco a poco sentía como mi carácter apacible se iba diluyendo. Al principio se lo atribuí a los problemas económicos que estábamos enfrentando en casa, el estilo de vida de lujos al cual se había acostumbrado mi mujer nos había acarreado muchas deudas con los bancos. Su insatisfacción y reproches se hacían cada vez más insoportables, pero yo siempre trate de mantener la calma. Mi pequeño hijo David no me vería perder el control. Tenía que ser un buen ejemplo para él. Eso era lo que más deseaba con todo el corazón, ser un buen padre.

A pesar de mis buenas intenciones, las cosas siguieron yendo cuesta abajo. Comencé a escuchar extraños ruidos en la casa. Sombras que se movían fugazmente entre corredores y ventanas. La sensación de vértigo e incertidumbre me causaba nauseas, y podía sentir ese asqueroso sabor en mi boca nuevamente, aquel líquido inmundo y viscoso que casi me mata. Una voz comenzaba a susurrarme en la cabeza: —“calla a la maldita perra”— me decía. Se oía como yo, pero no era yo; no, ¡claro que no!, yo sería incapaz de hacerle daño a mi esposa, preferiría el divorcio antes que ponerle una mano encima.

Sin embargo a medida que mi matrimonio se deterioraba y mi reciente y poco satisfactoria carrera profesional me llenaba el alma de sin sabores, esa sutil pero maligna voz fue cobrando cada vez más fuerza en mi cabeza: —¿qué esperas para callar a esa perra de una vez por todas?— me decía.

El temor se comenzó a apoderar de mis pensamientos, ¿acaso me estaba

volviendo loco?

Todo a mi alrededor parecía haberse distorsionado hasta conformar una realidad dantesca y agobiante. Incluso mi reflejo me traicionaba cada vez que me atrevía a mirarme en el espejo, dibujándome sonrisas siniestras y retándome con esos ojos rojos como los de aquella maldita estrella del demonio. En la oscuridad podía distinguir figuras de increíbles proporciones que amenazaban con engullirme en la negrura de lo desconocido. Carcajadas macabras retumbaban en mis oídos.

Así que tome la decisión de ver a un psicólogo. Mi vieja amiga Noelia me refirió al mejor especialista en trastornos de personalidad de la ciudad. El doctor Emil Esteban, muy conocido por emplear métodos vanguardistas de hipnosis con resultados muy positivos.

Y aquí estoy, después de más de dos años de terapia convencional e hipnosis sufriendo de las mismas pesadillas y visiones que hasta el día de hoy me acechan. Estoy seguro que hay algo en mí que no va bien. No creo en demonios, fantasmas, tampoco en el diablo y mucho menos en Dios. Soy un hombre de ciencia, aunque en mi completa desesperación admito que hoy, he rezado.

De un tiempo para acá paso largas horas en el sótano de la casa. Aunque me sigue poniendo los pelos de punta la poca iluminación que ofrece la vieja bombilla, no puedo resistir bajar a aquel tétrico lugar. No puedo resistirme a su llamado. Su voz me hipnotiza. Él es el único que sabe lo que estoy pasando en esta tortuosa etapa de mi vida. Me siento frente a él, abstraído por su mirada, sus ojos brillan como dos rubíes de sangre, viciosos y llenos de una confianza infinita, como si el universo entero le perteneciera. Yo por el contrario me he vuelto una sombra de lo que una vez fui, un científico exitoso y respetado. Mi vida se ha ido por el retrete y ahora son los gritos de la alcohólica de mi mujer los que me agobian. Se ha tornado violenta y descuidada. Debo decir que me aterra pensar lo que puede llegar a ocurrir en esta casa; pues yo no sería capaz de lastimarla. El problema es que no me encuentro solo aquí abajo escuchándola. Puedo sentir a través del cristal que nos une y nos separa a la vez, todo ese odio que esta viciosa criatura siente por Beatriz.

En la penumbra del sótano parecen brillar sus ojos rojos, su respiración se acelera y sus manos comienzan a desfigurarse exhibiendo uñas similares a las de una bestia salida del infierno. Queda claro cuáles son sus intenciones. Ha llegado el día de callar a la "maldita perra". Deseo con todas mis fuerzas detenerlo pero es inútil; puedo verlo alejándose del espejo, dispuesto a darle rienda suelta a toda aquella ira reprimida y cebada por el tiempo. Hago el intento de gritarle a Beatriz con todas mis fuerzas que salga corriendo; quiero advertirle del peligro en el que se encuentra; quiero rogarle que tome a David de la mano y huya lejos para nunca volver. Pero mi esfuerzo es estéril. La voz se me ahoga en la

garganta y en mi impotencia voy rogándole a Dios que se apiade de la pobre Beatriz, mientras voy subiendo las escaleras, con la visión totalmente nublada por una densa cortina roja... arañando las paredes con unas garras monstruosas...las garras propias de una bestia.

Capítulo 2

EL CHICO QUE LO VIO TODO

Ya casi se está acabando este día lluvioso de mierda, el otoño ya empieza a abrirle camino al invierno y ya se puede sentir ese frío punzante en las manos y en los pies. Como de costumbre le digo a Hassam que ponga picante extra en mi kebab. Su comida no será la mejor de la ciudad pero el chico trabaja rápido y eso es lo que más me gusta, ya que una de las cosas que más odio en la vida es esperar. En menos de tres minutos me entrega la orden y salgo corriendo al coche tratando infructuosamente de no mojarme.

—¿No podías ir a un jodido McDonalds y pedir por el autoservicio chico?

—Jódete Franco, sabes que no me gusta la comida prefabricada.

—Gilipollas te apuesto que es más sana y segura que la de ese chico árabe, a ver si no encuentras pelos en tu manjar; ¿qué no te has enterado que hay crisis?, la poca pasta que tengas para gastar debería ser para beneficiar a tu gente.

—Ya deja tu discurso xenófobo de mierda y conduce, no veo la hora de irme a casa y desplomarme a dormir, gracias a dios se está acabando nuestro turno.

Aún sin verlo puedo sentir la mirada de reproche de Franco. Él se quedó en el siglo pasado y le quedo mucho de la enseñanza nacionalista de aquella época. Lo despreciaría sino fuera por el hecho de que ha sido más que un mentor para mí. Desde que mi padre desapareció cuando tenía once años el me adopto y se hizo cargo de mí. Todo lo que soy se lo debo a él, de hecho me hice policía para seguir sus pasos. No es perfecto, pero es un buen hombre a su manera.

El coche seguía andando mientras yo observaba por la ventana empapada la distorsionada y sucia ciudad. Siempre me ha parecido que la noche tiene esa extraña propiedad de exacerbar lo peor de esta decaiente urbe, y no hablo solo de las personas: criminales, prostitutas, vagabundos, borrachos, etc.; me refiero a todo: las calles, los edificios, el pavimento, todo luce mucho más inmundo y desesperanzador. De pronto el sonido de la radio me saco de mi trance, acababan de reportar un homicidio en la calle Piper, en Villa Jardín, un lindo barrio a las afueras de la ciudad.

—Ya oíste chico, despierta y ve olvidándote de tirarte a dormir en tu

desastre de departamento.

—¡Hey! No tengo tiempo para estar de ama de casa, si te sobra algo de pasta porque no me pagas una mucama?

—Ya quisieras flojo bastardo jajajaja.

—Sabes que te voy a extrañar viejo (Franco se jubilaba en dos semanas)

—Ya deja la cursilería, tampoco es que me voy a morir, siempre que quieras puedes ir a visitarnos a casa.... Si la flojera te lo permite.

—Es en serio, ha sido algo especial haber trabajado con el mejor detective del Departamento....

—Chico detente, ¿a qué se debe tanta zalamería? ¿Estas corto de pasta para llegar a fin de mes? — me respondió en tono algo serio y cortante, Franco no era de esos tipos sentimentales, y al más mínimo indicio de apertura emocional se ponía evasivo y a la defensiva.

—Olvídalo tipo duro, a veces se me olvida que por dentro eres un robot, viejo y oxidado.

—Pásame un pañuelo de la guantera, creo que una lágrima corre por mi mejilla... mariquita, jajajaja.

No pude hacer más que reírme con el viejo, que como buen geminiano puede cambiar de humor en un instante. al final los dos nos conocemos desde hace años, y sé que detrás de esa careta de tipo rudo y cínico, esta uno de los hombres más nobles que he conocido, dispuesto a dar su vida por el prójimo... incluso si fuese extranjero, cosa que él nunca admitiría.

Llegamos en menos de diez minutos a la escena del crimen, ya los oficiales que habían llegado primero habían procedido a acordonar el área y estaban a la espera de nuestra llegada y la del equipo forense.

—Bien ¿que tenemos aquí oficial García? — le pregunto Franco al oficial que nos esperaba en la puerta de la linda casa residencial de dos plantas.

—Bueno allí dentro esta fea la cosa Detective Matamoros, pero parece simple, el marido enloqueció y asesino a la esposa en la cocina. La escena es horrible y salvaje, el tipo le arranco la lengua y también destrozo las manos de la víctima con el martillo ablandador de carnes que encontramos al lado del cuerpo, todo indica que la sometió allí hasta que murió ahogada en su propia sangre. El marido se dio a la fuga, unos vecinos lo vieron salir corriendo de la casa. ya se está pasando su foto a

todas las centrales de policía y a los medios.

—García no se alarme no es lo peor que ha sucedido en esta ciudad, así que recompóngase un poco que lo veo un poco pálido, tranquilo que vamos a coger a este desgraciado.

—Lo peor de todo señor es que el hijo de la pareja se encontraba en la casa, no nos ha dicho ni una palabra desde que llegamos, Rodríguez está con él en este momento en la sala.

—¿Fue el chico el que reportó el crimen?

—No Detective, como le dije antes fueron los vecinos de al lado que escucharon los gritos y llamaron al 911, luego vieron al marido salir huyendo como alma que lleva el diablo. Ya se está poniendo viejo Detective— le respondió García con tono socarrón.

En ese momento Franco se volteó a verme. Yo ya sabía lo que me iba a pedir y me negué con la cabeza, pero le importo poco mi opinión — Ve y habla con el chico, averigua que fue lo que vio y si nos puede decir algo sobre el paradero de su padre. — Su rostro se tornó duro y serio, y el tono cínico de su voz ya ha desaparecido por completo.

Camine hacia la sala donde se encontraba el oficial Rodríguez con el chico. El muchacho estaba sentado en el sofá, tenía la mirada perdida, definitivamente se encontraba en estado de shock. En el fondo presentía que sería poca la información que lograra sacarle. De todos modos me acerqué y me senté a su lado, la verdad no sabía por dónde empezar ni que decirle, no habían palabras de consuelo que le hicieran justicia a lo que estaba viviendo aquella pobre criatura, que en un instante de locura de su padre había visto su mundo entero partirse en mil pedazos. Así que sin decir palabra alguna lo abracé. El chico estaba helado como un tempano de hielo, así que me apresuré a ponerle mi abrigo encima. Si bien mi padre no asesinó a mi madre, conocía bien el dolor que significa perder a tus padres de repente.

Al final me anime a romper el silencio y le pregunté — ¿tienes algún familiar cercano donde quedarte? — para mi sorpresa el chico me miró directo a los ojos y me dijo que no tenía a nadie más, solo sus padres.

— ¿Cómo te llamas chico?

—David— me respondió con los ojos vidriosos, hinchados de tantas lágrimas derramadas.

—Bien David, sé que en este momento todo parece una pesadilla y cualquier pregunta que te hagamos será dolorosa y parecerá insensible, pero necesitamos saber qué fue lo que viste y si tienes alguna idea de

donde puede estar tu padre en este momento.

—Yo me encontraba en mi cuarto haciendo los deberes del colegio, cuando de pronto empecé a escuchar los gritos que venían de abajo, al principio me pareció normal pues era solo mi madre gritándole uno que otro insulto a mi padre, algo que de un tiempo para acá se había vuelto normal, estaba quejándose por algo de la basura. Luego la cosa cambio cuando mi padre empezó a responderle a los insultos y a llamarla bruja maldita. Mi padre era un tipo tranquilo y casi siempre evitaba discutir con ella. Fue en ese momento cuando decidí bajar las escaleras y lo vi; estaba sobre mi madre que había comenzado a gritar y fue en ese momento que le dio un golpe fuerte en el rostro, después vi como metió ambas manos en la boca de mamá, que no tardó mucho en romperse, ella ya no podía gritar como antes, entonces fue cuando tomo el martillo de la cocina, y le comenzó a dar mamporrazos en las manos para que no luchara más, después llego la peor parte— la voz del chico se empieza a quebrar y los ojos se le llenan nuevamente de lágrimas —no sé como pero con sus propias manos le arranco la lengua a mi madre, ella lucho con las pocas fuerzas que le quedaban pero termino ahogándose allí en el suelo de la cocina con su sangre.... y yo no pude ayudarle. — el chico no aguantó más y rompió en llanto nuevamente.

Si hay algo que odie más que esperar en la vida es a la escoria humana. Ese tipo de seres que no merecen otra cosa sino la muerte. No me terminaba de cuadrar en la cabeza que clase de hombre sería capaz de hacer algo así y más con su hijo en casa, me jure a mí mismo que atraparía a ese hijo de perra malnacido y lo haría pagar, no solo por la brutalidad que le hizo a su mujer, sino por la vida destrozada del chico, esto sería algo que el pobre nunca olvidaría.

—Quédate aquí tranquilo en el sofá y trata de descansar, voy a llamar a la gente de servicios sociales para que te saquen de aquí— estaba a punto de decirle que todo iba a estar bien, pero me mordí la lengua, sería un bastardo mentiroso si esas palabras salían de mi boca en ese momento.

Me levante del sofá, y comencé a echarle vistazo a las fotos familiares que decoraban la sala, el sitio parecía salido de una revista de decoración de interiores, todo pulcro, muebles caros, se veía que era una familia que vivía bien sin ser ricos. En las fotos había un patrón algo extraño, a medida que el niño iba creciendo en ellas el padre sonreía cada vez menos, parecía indicar que con el paso del tiempo la familia feliz dejo de serlo; el matrimonio a veces puede ser una mierda pensé. Tome nota de este detalle en mi libreta, cuando ya estaba poniendo un pie fuera de la sala para echarle un vistazo nuevamente a la cocina escuche a David.

—No me dijo su nombre oficial — me dijo con una cara que ya estaba

cediendo ante el sueño.

—Mi nombre es Axel — le respondí con una voz algo dulce, algo que incluso a mí me sorprendió— Si necesitas algo llámame ¿O.k.?

—Sabes algo Axel, ese tipo no era mi padre.

—¿De que estas hablando David? Me acabas de decir que viste todo lo que sucedió.

—Era su cuerpo, pero había algo raro en sus ojos, no era el mismo hombre que me crio, incluso por un instante me pareció que sus ojos se volvían rojos.

En mi mente solo podía sentir lastima por el chico, incluso después de lo que vio trataba de defender al bastardo de su padre – Me apresure a interrumpirle y le dije que descansara hasta que llegaran los chicos de servicio social a llevárselo a otra parte.

—No te preocupes Axel, ya tome las medicinas de mi madre, solo asegúrate de revisar bien el sótano, mi padre pasaba mucho tiempo allí últimamente.

No le respondí nada en ese momento. Lo último que me dijo me había dado una sensación extraña, hasta sentí que se me había puesto la piel de gallina. De golpe escucho a Rodríguez lanzar un grito despavorido. Estaba en la segunda planta en el umbral de una de las habitaciones, pálido como un muerto, el tío no lograba articular palabra alguna, solo se limito a señalar con la mirada la cama. Era la habitación del chico, una figura se dibujaba bajo las sábanas que cubrían solo la mitad del pequeño cuerpo; puedo distinguir el cabello castaño y liso. No alcanzo a mirar el rostro que está girado mirando hacia la ventana; voy caminado lentamente hacia el otro extremo de la cama anticipando lo que viene aún sin creerlo. Miro su cara allí, desencajada, con la boca abierta llena de una especie de espuma blanquecina, con los ojos opacos mirando a la nada. Un frasco vacío de Amitriptilina en su pequeña mano insinúan la causa de su muerte. Siento como la sangre se me congela en las venas, una extraña sensación me invade, algo que he sentido pocas veces en mi vida... es miedo, puro y crudo; miro a Rodríguez que sigue allí, en el umbral, al igual que yo sin poder creer lo que ven sus ojos.

Finalmente reacciono, salgo corriendo a la sala y no encuentro allí a David, solo veo mi abrigo en el mueble, comienzo a sentir como el corazón se me quiere salir del pecho, corro nuevamente, esta vez afuera de la casa, Franco y el oficial García me ven saliendo como alma en pena y salen a la calle confundidos conmigo, miro desesperadamente hacia todas las direcciones en la calle y mis ojos caóticamente encuentran lo que busco. Allí en una esquina oscura hay una pequeña silueta; dudo un

instante en acercarme, luego caigo en cuenta que mis pies ya han echado a andar hacia la funesta esquina.

— ¿David eres tú? — le pregunto con el corazón en la boca.

—No olvides revisar bien el sótano Axel— me respondió con una voz fría y distante desde la penumbra antes de desaparecer por completo en las tinieblas de la noche.

Capítulo 3

UN HOMBRE CON SUERTE

Afuera todavía está cayéndose el frío y oscuro cielo. Que diferencia tan grande podía ejercer una simple cosa como la temperatura en un elemento, y distorsionar totalmente su propiedad y naturaleza; las frías y agobiantes gotas de agua que caían en la ciudad no tenían nada que ver con las terapéuticas y cálidas partículas cristalinas que salían como un torrente benigno de la regadera para llevarse todos mis males y preocupaciones.

Definitivamente esa ducha caliente me hacía falta.

Salgo del cuarto de baño y me atavío con el cómodo pijama que me regaló mi esposa Rebeca. Al parecer finalmente voy a tener tiempo para relajarme de mi tedioso y rutinario trabajo en la Estación de Policía. Ahora me esperan mi cómodo sillón, la deliciosa y tibia infusión de manzanilla que me ha preparado mi dedicada esposa y por supuesto, mi periódico impreso.

«La vida es buena.»

Comienzo a ojear la sección de deportes para buscar los resultados del fin de semana; espero que El Heat haya pasado a las semifinales. No veo la hora de jubilarme para no tener que seguir perdiéndome los partidos de Baloncesto.

— Mi amor tú móvil está sonando en el cuarto.

— Déjalo sonar, si es del trabajo puede esperar a mañana cariño.

Después de más de diez intentos infructuosos de comunicarse conmigo a mi móvil comenzó a repicar el teléfono de casa. Mi esposa Rebeca toma el teléfono y se apura en responder: — Residencia de los Salvat, ¿qué se le ofrece a esta hora de la noche?— su tono de voz rayaba más entre lo pasivo-agresivo que de lo cortés.

— Disculpe usted la hora señora Salvat, ¿se encuentra su esposo en casa?, lo hemos intentado contactar por su móvil pero no contesta.

— Él estaba terminado de darse una ducha, ¿puedo saber quién le llama?

— Mi nombre es Charline Torres y soy la coordinadora de los servicios sociales del distrito. Puede decirle por favor a su esposo que, se ha

presentado un problema con unos de sus efectivos esta noche que involucran un menor de edad; dígame que lo estaré esperando en la estación de policía, voy en camino hacia allá.

— Bien, le daré su recado señora Torres.

— Charline por favor— le interrumpió ella — y discúlpeme por haberla molestado tan tarde, realmente se trata de algo urgente. Que tenga usted buenas noches.

— Buenas noches Charline.

Para cuando ya había concluido la llamada, yo ya me encontraba en el cuarto sacando la ropa del armario; tanta insistencia por contactarme solo podía provenir de un lugar, el trabajo.

— Así que ya te lo imaginas ¿no?

— Por algo soy Jefe de policía cariño.

— ¿Te he dicho que me encanta cuando te haces el pretensioso sabelotodo?

— Muchas veces, fue así que te conquiste. — ella sonríe y me abraza.

— ¿Quién era por cierto? ¿Ramírez, Montoya o el Alcalde?

— Ninguno de ellos, era la coordinadora de servicios sociales del distrito, dijo que hubo un incidente con unos oficiales y un menor de edad.

— Vaya eso es nuevo, a ver en que lio se metieron estos cabeza hueca que tengo como subordinados. — cojo las llaves de mi Chrysler 300, y antes de salir tomo por las aun firmes caderas a mi amada esposa; orgullosamente debo admitir que no aparenta para nada los cincuenta y cinco años que tiene. Le doy un beso de despedida de esos que duran más de tres segundos. Nos vamos soltando poco a poco las manos a medida que voy atravesando la puerta para salir de la habitación. Llevamos más de veinticinco años de casados y nos seguimos amando como el primer día.

«Definitivamente la vida es buena. »

Por fin salgo de casa, la torrencial lluvia que estaba cayendo hace unas horas había cesado, apenas si me caen algunas gotas de agua en el abrigo; me monto en mi coche del año, apenas llevo dos meses con él; aún puedo sentir como el delicioso aroma del lujoso cuero corintio impregna mi nariz. Enciendo el motor y pongo a sonar mi mix de música clásica; el reproductor esta en aleatorio, y comienza a sonar el Ave María

de Schubert, interpretado por Andrea Bocelli, mi canción favorita. No creo que nada pueda arruinarme la noche, ni siquiera el embrollo que han liado esta noche los chicos en la estación.

Llegue al precinto en pocos minutos, desde que entre en la fuerza busque siempre una casa cercana a mi lugar de trabajo, solo tardo en llegar ocho minutos. Así ha sido desde hace veinticuatro años.

Ya casi es medianoche, miro mi reloj que en este momento marca las 11:48 p.m.; Siempre he tratado en lo posible de optimizar mi tiempo; me gusta el orden, es algo que herede de mi madre, que era una maniática del control. Dejo el coche estacionado al frente del edificio. De la nada surge una fuerte y fría brisa que me da en la cara de golpe; ya se nos viene el jodido invierno.

Antes de entrar al edificio observo una vagoneta negra aparcada a una cuadra; no sé por qué, pero me da mala espina. Acelero el paso para entrar a solucionar todo este embrollo que se ha armado con la mujer de servicios sociales y poder volver a casa al lado de mi mujer lo más pronto posible.

— Buenas noches Oficial Ramos ¿Cómo andamos de energía muchacho?
— le pregunto con un poco de sorna al pobre chaval que se encontraba de guardia en la caseta de seguridad de la entrada más dormido que despierto.

— Buenas noches Capitán Salvat — se apresuró a contestar el imberbe rubio, tratando de mantener los ojos lo abiertos.

— Ramos, asegúrate de que García o Rodríguez le echen un vistazo a esa vagoneta negra que esta estacionada a una cuadra del precinto, me pareció ver algo sospechoso.

— Pero señor ellos se encuentran esperándolo adentro en su despacho junto a los detectives Matamoros y Caine.

— Así que ellos son los del lio ¿no?

— Pues no estoy muy enterado de todo el rollo señor, solo sé que acudieron cuando reportaron un asesinato. Veré de todas maneras que cuando Nacho vuelva del aseo vaya a revisar esa Vagoneta que acaba usted de mencionar cuanto antes.

—Te lo agradezco chico.

Termino de pasar el vestíbulo de entrada y me dirijo al elevador. Pulso el frío botón metálico y mientras espero unos breves segundos puedo observar casi perfectamente mi reflejo en el suelo de granito recién

pulido; a esta hora el personal de limpieza estaba por concluir el turno nocturno. Casi todo estaba en orden, casi todo. Me apuro a entrar al elevador para escapar del olor nauseabundo que provenía del sótano donde se encontraba la morgue y el laboratorio de criminalística. Dios sabe como odio tener que soportar la hediondez cuando hay muertos allí abajo.

Ya en el tercer nivel se encontraba a la salida del ascensor la coordinadora de servicios sociales. Cual cazador acechando a su presa. La sensación fue más que incomoda.

— Buenas noches Coordinadora...

— Charline Torres, veo que a su esposa se le olvido darle mi nombre.

— La verdad es que me dio el mensaje de prisa y trate de llegar lo antes posible. ¿Dígame que fue lo que sucedió con mis oficiales?

— Eso es lo que he venido a averiguar yo también Capitán, pues hace poco más de una hora recibimos una llamada de su precinto solicitando personal de servicio social porque un niño había sido testigo del asesinato de su madre a manos de su padre. Imagine usted la sorpresa de la trabajadora asignada cuando llega al sitio y los oficiales confundidos le dicen que el chico está muerto. Muerto por una sobredosis de antidepresivos.

— ¿Cómo es la cosa? ¿Está usted segura de lo que está diciendo? — le pregunto sin creérmelo, ya antes habían cometido chorradas en mi precinto, pero esto tiene que ir de coña; más la mirada punzante e inquisidora deja claro como un cristal que esta tía va en serio, muy en serio.

— Afortunadamente Capitán nosotros tenemos un registro de llamadas que pueden corroborar lo que estoy diciendo— responde automáticamente, como si ya hubiera anticipado mi respuesta.

La diminuta mujer está por saltarme encima; cual tiburón extiende sus fauces de par en par cuando siente la sangre de su presa en el agua. A pesar de tener una menuda estatura, no cabe duda que el carácter de esta Charline impone cierto respeto.

— Bien espéreme aquí sentada mientras hablo con mis chicos.

— De ningún modo Capitán; yo voy con usted.

— No.— Ahora soy yo el que le clavo la mirada fijamente.— Mi precinto,

mis reglas.

Tiene efecto inmediato mi decreto monosílabo, la mujer toma asiento de mala gana en la sala de espera, mientras yo me dirijo a mi oficina.

Puedo ver por el cristal antes de entrar a los Detectives Matamoros y Caine sentados en las sillas frente a mi escritorio, mientras que los oficiales García y Rodríguez se encontraban de pie. Siento un calor que empieza a emanar desde mi pecho y se va extendiendo hacia mi cuello hasta estallar en mi cabeza. La ira se va apoderando de mí pero mantengo la calma por fuera; por lo menos hasta entrar a la oficina. Entro y cierro la puerta con cuidado, como siempre lo hago y sin mucho apuro bajo las persianas de la ventana de cristal. Acto seguido exploté.

- ¿!Me pueden explicar qué coño fue lo que paso esta noche!? ¿!Reportan un testigo que después el servicio social encuentra muerto!? ¿Dónde coño esta la cámara escondida?

Los cuatro se quedan un instante en silencio, me estaba preparando para gritarles de nuevo cuando el joven detective Caine lanzó una respuesta que jamás en la vida hubiese imaginado.

— Era un fantasma.

Pasan cuatro largos segundos antes que pueda salir de mi asombro, no me lo creo.

— Repítelo por favor Caine, me pareció oírte decir *fantasma*.

— ¡Lo que encontramos allí cuando llegamos a la escena del crimen era un puto fantasma Capitán!

El joven detective se lleva un cigarrillo a la boca, la mano le está temblando un poco, aunque trata de mantenerse en una pieza. Ni me molesto en decirle que no está permitido fumar dentro del edificio y mucho menos en mi oficina. Comienzo a afinar mis sentidos. Mis ojos se deslizan ahora hacia los oficiales García y Rodríguez, su piel macilenta delata el terror en sus ojos. Algo grande ha impactado a estos hombres y tengo que tener todos los detalles para poder enmendar esto.

— Salgan de mi oficina de inmediato.- Los cuatro se ponen en marcha para dejar la oficina. — Menos tu Matamoros, tenemos que hablar.

Conozco a Matamoros desde la academia de policía; en todos sus años de servicio había tenido una conducta más que respetable, siendo por supuesto el detective con más casos resueltos en la historia del

Departamento.

— Y bien Matamoros, ¿dime que fue lo que paso?, es la única manera de poder ayudarles. ¿Acaso tu hijo adoptivo la cagó y lo están encubriendo?

— Respóndeme tú algo: ¿acaso te he mentido alguna vez Jorge?

— No. pero no esperaras que me tragué esa mierda del fantasma ¿verdad?

— Yo sé lo que vi, y te doy mi palabra de que los cuatro vimos lo mismo.

— No puedo creer que esta mierda me esté pasando. Aun así te creyera, ¿dime como mierda vamos a sacarnos a la bruja coordinadora que tiene las narices metidas como un sabueso en este asunto?

Mi cabeza comenzaba a perder el giroscopio; una sensación de vértigo rebosó mis sentidos.

Toc, toc, toc

Trato de enfocarme y recobrar mis sentidos nuevamente.

— Adelante.

«Charline Torres en el umbral de mi oficina. ¿Ahora que mierda me invento? »

— Disculpe capitán por todo este malentendido, los vecinos que reportaron el crimen llegaron hace poco mientras usted estaba hablando con sus hombres. Al parecer su hijo menor fue el chico que estaba en la escena del crimen buscando a su amigo David, su gente lo confundió con el chico que vivía en esa casa. Todo este mal rato se lo debemos a un jovencito demasiado asustado que no sabía la clase de lío que estaba armando por estar en el lugar equivocado, a la hora equivocada.

— ¿Entonces ha quedado todo claro Charline? – Esto es demasiado bueno para ser cierto, ¿la perfecta mentira para cubrir este desastre simplemente caída del cielo? Aquí huele a gato encerrado.

— De mi parte si Capitán.

— ¿Se encuentran los padres de este jovenzuelo aún en el edificio?

— Si. Les están tomando la declaración a los tres justo ahora. Bueno yo ya me despido Capitán, estoy exhausta. Que tenga usted buenas noches.

— Buenas Noches coordinadora Torres. Maneje con cuidado.

Matamoros y yo intercambiamos un par de miradas por un segundo. Él parecía estar tan confundido como yo por lo que acababa de ocurrir, así que ambos nos dirigimos a la segunda planta donde le estaban tomando declaración a la familia.

No fue difícil diferenciarlos del vendedor de droga y la prostituta que recién habían pillado las otras patrullas que andaban de ronda por la ciudad; nada fuera de lo común. Estaban allí sentados los tres, madre, padre e hijo, como un lunar en la piel de un albino en este sitio y a estas horas.

De pie tras ellos se encontraba un tío de grandes dimensiones; con un corte casi al rape que se fundía muy bien con una insípida pero a la vez amenazante barba de días; auricular en el oído izquierdo con un pequeño micrófono que apenas si le llegaba a la mitad de la mejilla. Traje de campaña militar negro, pistolera bien fijada en la pierna izquierda que mantenía en su posición una Sig Sauer M11-A1, y no podía faltar un rifle de asalto M4A1 sujetado con los dos fornidos brazos; este tipo hedía a fuerzas especiales por todos lados.

— ¡Buenas noches!- interrumpo— tú debes ser el chico que causo toda esta confusión hoy, ¿no es así?

El chico me miro con sus pequeños ojos marrones asustadizos por un instante, para luego esquivar mi mirada inquisitiva. Los padres también parecían algo nerviosos en vez de estar enojados o preocupados por la imprudencia de su hijo. Daban la impresión de querer salir corriendo del lugar.

— ¿Ya hemos terminado? Pregunta el padre al oficial que estaba tomando la declaración.

— Sí señor. Puede retirarse, si necesitamos más información nos pondremos en contacto con usted.

— De hecho yo tengo una pregunta— les espute sin pensármelo mucho: ¿Por qué los militares los están escoltando?

— Esa información no es de su incumbencia señor— interrumpió con una voz inerte el soldado que ejercía de custodio— de todos modos ya mi superior se encuentra en camino— prosiguió.— Si necesita información él es el único autorizado para dársela.

Y sin decir nada más, se llevó a la familia de prisa fuera del precinto.

— Bueno uno sabe darse cuenta que en realidad vistes un fantasma cuando de pronto aparece el gobierno para encubrirte y salvarte el trasero— me dice con un tono de alivio y resignación Franco, mientras se lleva un cigarrillo a la boca.— Luego dicen que no hay que creer en las teorías de la conspiración.

— Sabes que no está permitido fumar dentro del precinto Franco.

— ¿Ni siquiera después de lo que ha pasado me vas a dejar fumar tranquilo?

— Vamos te acompaño afuera, necesito un poco de aire fresco.

Bajamos al primer nivel, todavía podía sentir el hedor que escalaba desde el sótano mientras pasamos por el vestíbulo; el oficial Ramos se encontraba bebiendo una taza de café caliente; la cafeína empezaba a obrar rápido en el mozo pues ya había desaparecido la careta de adormentado que tenía en el momento en el que entre al edificio.

— Capitán acerca de la vagoneta negra....

— No me digas. Resulto ser militar ¿no es así?

— Correcto señor, me imagino que se topó con el sujeto armado que entro con aquella familia.

— Así es Ramos, no te preocupes ya se ha solucionado todo.

Franco y yo terminamos de salir del edificio, cruzamos la calle donde se encontraba una vieja banca donde solíamos sentarnos cuando éramos compañeros de campo.

— Ha pasado ya bastante tiempo desde la última vez que nos sentamos aquí, ¿no es así Franco?

— Desde que tomaste el puesto del antiguo jefe sino me equivoco.

— Bueno eso te dio la oportunidad de trabajar con el chiquillo que adoptaste.

— Si, eso fue una mejora substancial, Axel es mucho mejor detective que tú, aunque igual de pretencioso.

La risa es sin duda un bálsamo para el corazón. Había olvidado cuanto disfrutaba platicar con este viejo zorro. El frío de la noche se hacía poco a poco más intenso, solo nuestras carcajadas hacían eco en los desiertos caminos de pavimento y concreto. Pero el buen rato de camaradería se vio interrumpido por rápidos frenazos y un frenesí de gente bajando de varios

vehículos militares que se acumulaban frente a la estación de policía sin apenas darnos tiempo a reaccionar. De uno de estos vehículos emergió una figura que espere nunca más volver en mi vida; su estatura debía estar rondando el metro noventa; espalda ancha como la de un nadador olímpico que ponía a prueba la calidad de su traje de sastre hecho a la medida con cada movimiento; la corbata de seda carmesí hacía juego con sus gafas monocromáticas; la camisa de fino algodón, blanca por supuesto se contrastaba con su bruna piel.

Me apresure a darle encuentro a Castor Kameni, así fue como se me presento aquella vez hace once años, aunque no podía saber siquiera si ese era su verdadero nombre. Es un pretoriano, forma parte de un cuerpo de elite envuelto en un velo de misterio, están por encima del ejército y solo responden ante el Presidente de la Nación.

— Vaya Castor, esperaba no tener que ver tu rostro por estos lados más nunca.

— No tengo tiempo para esto Salvat, luego me agradeces por quitarte a esa entrometida de los servicios sociales. Dime aún se encuentran los cadáveres de la mujer y el niño en la morgue.

— Si, deben estarle haciendo los exámenes de rigor en este momento a ambos. ¿Por qué lo preguntas?

— Venimos a llevarnos los cuerpos, evacue a sus hombres ahora mismo del edificio y diríjense a las áreas de descontaminación que estan siendo preparadas, esta es zona de cuarentena y todo el edificio está comprometido por una amenaza biológica.

No sabía que responder a eso, esta noche ha sido una locura total. Lo que daría por poder volver el tiempo atrás y no dejar mi casa a pesar de la insistencia de Charline.

Varios hombres con trajes NBQ (Nuclear-Bacteriológico-Químico) ingresaron con dos contenedores criogénicos; todo aquello me recordó mucho los libros de ciencia ficción que leía de pequeño.

Mis hombres comenzaron a salir rápido y en orden del edificio con la ayuda de los pretorianos a cargo. Le pregunte a Kameni si podía irme a casa, este me dijo que me hiciera rociar en el área improvisada de descontaminación que habían preparado en una esquina por sus agentes, luego podría retirarme. Más la catástrofe no tardó en venírse nos encima. Ráfagas de disparos se escucharon desde dentro del edificio, los hombres en los trajes NBQ de Kameni comenzaron a salir corriendo del edificio como pueden gritando. Uno de ellos se acerca a su jefe y le dice que el cuerpo de la mujer ha desaparecido. Kameni saca su Sig Sauer y ordena al escuadrón de choque ingresar al edificio. Antes de entrar al precinto,

se gira y me dice con su rostro casi inexpresivo que me largue, que esto se pondrá muy feo.

No puedo decir que soy un cobarde, muchas veces he arriesgado mi vida tratando de ayudar a otros, pero esto estaba fuera de mi liga. Así que tomo la decisión de ir a mi coche que está estacionado a solo veinte metros de donde me encuentro; no veo la hora de ir a casa y escapar de toda esta locura.

Pero el destino es caprichoso y cruel. Repentinamente toda la zona queda envuelta en tinieblas. Puedo ver a través de las ventanas del precinto como se encienden las luces de emergencia. Los pretorianos encienden sus linternas tratando de mantenerse en orden, mientras yo empiezo a perder la compostura y salgo corriendo tratando de terminar de recorrer el corto pero a la vez eterno trayecto hacia mi puto coche; trastabillo y se me caen las llaves, me tiro al suelo rápidamente intentando ver donde han caído. Un mal presentimiento se cierne sobre mi mente.

Allí estando de rodillas en el suelo, empiezo a sentir un fétido olor; carne podrida de días olería a jazmines comparada a esto. Mis vísceras no aguantan y comienzo a expulsar la antes deliciosa cena que mi esposa me había preparado. Siento una oscura presencia detrás de mí, mientras sigo escuchando disparos de fusil dentro del edificio y los alrededores. No quiero voltear, con la tonta esperanza de un niño que le teme al monstruo y se cubre completamente con su sabana esperando que este desaparezca.

Es inútil, no funciona.

Siento como los pasos se arrastran hasta llegar finalmente a plantarse frente a mí. Miro los zapatos y los reconozco, deportivos de tela rosa. Solo una persona en el precinto utilizaba ese modelo, pertenecían a Clarisa nuestra joven forense que se encontraba de guardia esa noche. La miro al rostro, mejor dicho a la mitad que aún le queda y lamento con toda mi alma haberlo hecho. Está hecha un desastre, su cuerpo magullado y lacerado se va inclinando lentamente hacia mí. Una horrible herida abdominal ha expuesto los viscosos intestinos que se han ido saliendo poco a poco, desprendiendo ese fétido olor que antes había sentido provenir del sótano. Sus manos ensangrentadas y temblorosas se alzaron como pinzas tratando de atraparme. Su único ojo se clava en mi rostro, éste tenía un brillo rojizo muy extraño; pude sentir a través de ese pequeño portal a lo que quedaba de su alma (si es que quedaba algo) una extraña maldad demencial.

Saque mi arma de reglamento y le vacié el cargador sin pensármelo dos veces; lo que queda en pie de Clarisa hace el intento de dibujar una macabra sonrisa y termina de ponerme ambas manos sobre la garganta. El apretón es demasiado fuerte. Percibo rápidamente como me empieza a

faltar el aire; con mis envejecidos brazos intento liberarme pero fallo. Su fuerza es anormal.

Al final cedo, y cierro mis ojos. No quiero que la última imagen consciente en mi cerebro sea la de este monstruo. Entonces la veo allí, en el parque donde la conocí. Joven y hermosa como antes, quiero correr hacia ella pero la imagen se va nublando. Sigo sin abrir los ojos, estoy muriendo, pero siento que sigo al lado de mi esposa, deseo con lo que me queda de fuerzas imaginar que no salí esa noche de casa, y que sigo allí disfrutando de sus pláticas e ideas para redecorar la casa por quinceava vez. Mi tráquea y espina se rinden ante la imponente opresión ejercida por mi ex subordinada. La imagen de mi Rebeca se va perdiendo en la oscuridad de mis parpados cerrados; ahora estoy en dos sitios a la vez, tirado en el suelo y en las manos de mi horripilante verdugo. Siento como todo se apaga.

«La vida había sido buena...

Hasta ahora. »